

Exilio, memoria e industrias culturales: esbozo para un debate

Helena López

RESUMEN:

Desde mediados de los años 90 diferentes espacios públicos vienen promoviendo en España múltiples discursos sobre la memoria republicana y el exilio posterior a 1939. En este artículo examinaré algunas cuestiones teóricas, activamente debatidas en el contexto de los “Memory Studies”, que considero fundamentales para un análisis de este *boom* en relación con el papel que juegan las industrias culturales: sujeto y agencia, representación, mercantilización y recepción, capitalización económica, política y simbólica.

Palabras clave: Memory, Fantasy, Republic, Exile, Transition, Democracy, Culture, Cultural Industry, Traumatic Memory.

ABSTRACT:

Since the mid-90's a myriad of discourses on the memory of 1939 exile and the Republic has been promoted within different Spanish public spaces. This article aims to examine some theoretical issues, actively discussed in the context of Memory Studies, which I consider to be instrumental to analyse this boom vis-à-vis the role played by the cultural industries: subject and agency, representation, commodification and reception, economic, political and symbolic capitalization.

Key words: Memoria, Fantasía, República, Exilio, Transición, Democracia, Cultura, Industria Cultural, Memoria Traumática.

*Closely related to memory is imagination,
which is the power of recombining
memories in novel ways, so as to make
mental constructions different from anything
actually experienced in the past. The mind's
ability to interpret sensa is affected by the
imagination as well as the memory.
Aldous Huxley. *The Art of Seeing*.*

Such shifts and differences in whether and when a thing is a commodity reveal a moral economy that stands behind the objective economy of visible transactions.

Igor Kopytoff. *The Cultural Biography of Things: Commoditization as Process.*

A Alfons Cervera, por lo mucho hablado sobre la memoria del exilio republicano, y sobre tantas otras cosas.

Hablar de la memoria del exilio republicano español en el post-franquismo supone, a mi modo de ver, una inquisición a propósito de los procesos de reconstrucción de un imaginario democrático que, no sin muchos problemas, podríamos también denominar identidad nacional. Regresaré sobre este punto. Valga por ahora señalar que la dificultad de asumir teóricamente el concepto de “identidad nacional” se deriva de una pretensión totalizadora que, muy particularmente para el caso que nos ocupa, corre el riesgo de pasar por alto la naturaleza multinacional del propio estado español.

Juan Eduardo Zúñiga en su excelente relato “Ruinas, el trayecto: Guerda Taro”, incluido en el volumen *Capital de la gloria* (2003), ha sabido alegorizar, me atrevería a decir que insuperablemente, el sentido del itinerario moral asociado a un conflicto civil tan cruento, y de consecuencias tan graves, como el español. Me interesa el punto de vista de Zúñiga porque en su ficción recupera —algo por otra parte recurrente en toda su obra— un lugar desde el que pensar la acción individual en el contexto de una comunidad, consecuentemente, caracterizada por la heterogeneidad. Una circunstancia, dicho sea de paso, que Zúñiga comparte con la mejor narrativa española de la memoria —en autores como Alfons Cervera o Rafael Chirbes— y que, muy significativamente, lo enfrenta con el planteamiento de un texto tan emblemático para el canon novelístico español del siglo XX como *La Colmena* de Camilo José Cela. Este texto, llamado en cierto modo en los ochenta a ser “la novela de la posguerra”, reduce la dictadura a una desventura colectiva en la que toda posibilidad de agencia ha sido reducida a ser un esperpento de ella misma. Chirbes, en *La larga marcha* (1996), Cervera en su “trilogía de la memoria”, Zúñiga en sus tres volúmenes de relatos dedicados al tema de la guerra, reivindican una dignidad que sólo puede ser cabalmente formalizada en la hondura psicológica y ética de sus personajes¹. El propio Rafael Chirbes, a propósito de la obra de Juan Marsé, lee el rasgo narrativo que acabo de señalar en términos de un entendimiento de lo literario como compromiso ético y, por consiguiente, como fenómeno radicalmente político:

Marsé ha conseguido transmitirnos la impresión de que nada de lo que narra le es ajeno (ni a él, ni a quien lo lee), lo cual lo enfrenta con el Cela de La colmena, donde el novelista se disfraza de entomólogo para enseñarnos el estúpido ir y venir de unos lejanos insectos (2002: 101).

¹ “La trilogía de la memoria” de Alfons Cervera está compuesta por las novelas *El color del crepúsculo* (1995), *Maquis* (1997) y *La noche inmóvil* (1999). Los tres volúmenes de Juan Eduardo Zúñiga a los que me refiero son *Largo noviembre de Madrid* (1980), *La tierra será un paraíso* (1989) y, el ya mencionado, *Capital de la gloria* (2003).

En este trayecto de las ruinas que, parafraseando a Zúñiga, nos es dado rastrear en tanto que empeño de reconstrucción democrática, se ha venido popularizando en España, desde mediados de los años noventa, lo que podríamos llamar los discursos de la memoria. Me refiero a diferentes espacios —culturales, mediáticos, académicos y políticos— de invocación del recuerdo republicano que, sólo a simple vista, evidencian dos características nada desdeñables: la inflación del término memoria, nada menos que veinte años después de la muerte del dictador. Sin ánimo de exhaustividad, merece la pena indicar algunas de las expresiones discursivas de este *boom*: exposiciones, programas de televisión, películas, cobertura en prensa escrita, libros especializados y de divulgación histórica, publicación de memorias, novelas, congresos, conciertos-homenaje (Valenzuela 2002, Egido 2003, Naharro-Calderón 2005). Además, y por su auténtica vocación de intervención política, es preciso destacar el trabajo llevado a cabo por la “Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica”. La ARMH se viene dedicando, desde octubre del 2000, a la búsqueda y exhumación de los cadáveres de desaparecidos que, durante la guerra civil y en los primeros años de la dictadura, fueron ejecutados, por grupos afines a Franco, y abandonados en fosas comunes².

Regreso ahora a los dos rasgos característicos, según acabo de indicar, de todos estos discursos de la memoria. Tanto el exitoso sobreuso del término como su tardía aparición, están apuntando a dos ámbitos, el político y el económico, que en lo que sigue veremos cómo interactúan de manera problemática. En este trabajo propongo, por lo tanto, algunas consideraciones que identifico como relevantes para reflexionar sobre el alcance de los discursos de la memoria republicana en España. Mi aproximación a este asunto quiere postular un marco teórico en el que se tomen en cuenta las líneas de fuerzas de los discursos políticos y económicos; incluso si esto es así para indagar las mismas condiciones de posibilidad de lo político. Me interesa formular ciertas preguntas y tantear, sin ánimo de ofrecer respuestas definitivas en estas páginas, algunas líneas de reflexión que puedan arrojar cierta luz sobre la auténtica capitalización —simbólica, política y económica— de las políticas de la memoria: ¿A quién atribuimos esa memoria y cómo se produce? ¿Qué efectos tiene lo que Paul Virilio denomina “la industrialización del olvido” (1998: 19) sobre el recuerdo que pretende regular?

MEMORIA DEL EXILIO: ALGUNAS CONSIDERACIONES TEÓRICAS

Muchos de los discursos hegemónicos sobre la memoria del exilio republicano, promovidos en la esfera pública del estado español en la última década, parecen compartir dos premisas teóricas fundamentales: la consideración de un sujeto homogéneo portador (o no) de ese recuerdo, así como la asociación traumática de esa memoria, con consecuencias políticas que examinaré a continuación, a la guerra civil de 1936. Ambas cuestiones requieren, a mi entender, una revisión teórica importante. Veamos por qué.

En el marco de los estudios en memoria cultural se viene postulando la discreta operatividad conceptual del término “memoria colectiva” (Hodgkin y Radstone

² www.memoriahistorica.org

2003: 11). Como veremos en la siguiente sección, la producción ideológica en sentido fuerte activada por distintos discursos institucionales e industrias promueve efectos de interpelación muy poderosos en una sociedad determinada. Sin embargo, esta interpelación se produce de manera no uniforme y problemática. Es decir, la regulación de la memoria debería ser entendida como un proceso muy complejo de negociación entre prácticas discursivas hegemónicas y sujetos diversos que, precisamente en razón de esta diversidad establecida a partir de distintas variables, van a reescribir esas narrativas del recuerdo. Jacques Maurice incide sobre este aspecto cuando, en una inteligente crítica al importante libro de Paloma Aguilar Fernández *Memoria y olvido de la guerra civil española* (1996), reivindica la pluralidad de las memorias colectivas (2002: 478-482). Se hace necesario, por lo tanto, la adopción de aproximaciones microanalíticas que se comprometan teóricamente con la invalidez de paradigmas totalizadores y, con lo que sonoramente se ha dado en llamar, “la sociedad imposible” (Laclau 1983, Laclau and Mouffe 1985).

Ni que decir tiene que para el caso del exilio republicano español su propia complejidad constitutiva implica otra razón de peso para reclamar trabajos que tengan en cuenta criterios de variabilidad decisivos. La heterogeneidad que caracteriza a la diáspora de medio millón de mujeres y hombres a partir de 1939, así como a los represaliados y opositores del interior, es el resultado de diferencias tanto ideológicas —muchas veces ligadas a los antagonismos nacionales que indiqué al principio de mi exposición— como sociológicas. No es sorprendente, con todo, que este afán homogeneizador, que opera desde una concepción de la cultura y de la sociedad civil como totalidad, sea predominante en prácticas de la memoria hegemónicas. El concepto de hegemonía, en la tradición gramsciana, explica cómo en la sociedad civil se organiza el consenso como una forma de subordinación sin recurso a la violencia. Una subordinación que, como acabo de explicar, no es unidireccional, sino que supone un proceso de negociación que abre un espacio eventual de reformulación y, quizás también, de resistencia. José María Naharro-Calderón, en un imprescindible artículo sobre la “espectacularización” de la memoria del exilio en los últimos años, deconstruye algunas de estas prácticas hegemónicas para evidenciar la tendenciosa uniformidad de la que se hacen eco:

El título de la exposición Exilio esconde también falacias atemporales, genéricas, numéricas, ideológicas (no hay referencias a fechas, la palabra está singularizada), frente a la pluralidad y diversidad de los exilios (republicanos, socialistas, anarquistas, comunistas, personas del pueblo, burguesía, hombres, mujeres, niños, civiles y militares, en Europa, en las Américas, en la URSS, etc) (2005)³.

Como indicaba ya al comienzo de este artículo, cierta ficción narrativa ha querido diluir la artificial oposición establecida en el binomio colectivo/individual, problematizando al mismo tiempo la antinomia público/privado, a favor de una multiplicidad de voces singulares. Quiero también apuntar ahora, siquiera brevemente, que las aproximaciones microanalíticas a las que me he referido, aún siendo muy necesari-

³ La exposición *Exilio*, organizada por la Fundación Pablo Iglesias en colaboración con el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, estuvo abierta al público del 17 de septiembre al 2 de diciembre del 2002, en el Palacio de Cristal del Parque del Retiro en Madrid.

rias tanto en análisis culturales como en otros discursos y prácticas hegemónicas, han sido adoptadas, de manera altamente productiva, por cierta renovación historiográfica en el campo de la historia social (Casanova et alii 2002: 43-46).

Por otra parte, y atendiendo ahora al segundo rasgo enunciado en la introducción a este apartado, la actual celebración de la memoria republicana viene insistiendo en que ésta se construye, sintomáticamente, a partir del trauma de la guerra civil. Esta memoria traumática habría jugado, según una opinión ampliamente aceptada, un papel fundamental en el proceso de normalización democrática posterior a 1975 (Aguilar Fernández 1996, 2003). El trauma bélico, cuya historia discursiva se remonta ya al primer franquismo, sería así un elemento fundamental para explicar el “pacto de silencio” que, como una versión crítica de las aparentes bondades del proceso democratizador, sentó las bases de la transición en España. El término psicoanalítico implica, por lo tanto, la capitalización de un violento *shock* colectivo, y su consiguiente olvido patológico, en términos de una “fuerte aversión al riesgo” (Colomer 1998). Un hecho que explicaría la debilidad de la democracia española (Colomer 1998: 10, Navarro 2002).

La teoría traumática, con todo, plantea un problema epistemológico de consecuencias importantes. Valga desde ahora señalar la pertinencia del argumento psicosocial —compatible desde luego con otras interpretaciones tanto estructurales como con la teoría de la elección racional (Colomer 1998)— para dar cuenta de la naturaleza del período transicional. Esta interacción de diferentes modelos de análisis pone de manifiesto la compleja sutura entre componentes discursivos y psíquicos, que ha resultado en un intento por conciliar análisis genealógicos de inspiración foucaultiana con perspectivas psicoanalíticas (Hall 2000). En este sentido Paloma Aguilar Fernández, en el estudio más completo que existe hasta la fecha de las políticas de la memoria durante el franquismo y la transición, se expresa en los términos que siguen:

En esta investigación, como se indica en la introducción, pretendo complementar, enriquecer de alguna forma, las teorías sobre las transiciones a la democracia mediante la inclusión de un nuevo elemento que considero clave, especialmente en estos procesos de cambio. Dicho elemento es la memoria colectiva que consta del recuerdo que tiene una comunidad de su propia historia, así como de las lecciones y aprendizajes que, más o menos conscientemente, extrae de la misma (1996: 25).

Me interesa señalar del fragmento anterior que Aguilar Fernández explicita, quizás sin concederle demasiada relevancia, la existencia no sólo de un recuerdo traumático, sino también de lo que ella misma califica como “lecciones y aprendizajes”. Este matiz conceptual creo que contiene una potencialidad teórica altamente productiva.

Paloma Aguilar admite, como es el caso para muchos otros autores, que la amenaza real de una repetición de la guerra civil era estructuralmente improbable (1996: 226). Pero al mismo tiempo, y de manera paradójica por lo tanto, su misma condición de posibilidad parece ser lo suficientemente poderosa como para constituir la denominada memoria traumática (Aguilar Fernández 1996: 36). Esta contradicción creo que pone de relieve una lectura políticamente correcta del papel funcional que desempeñó la así llamada “memoria traumática” durante la transición a la democracia. Para explicar en qué sentido opera eufemísticamente el trauma de la guerra, la incorporación del concepto de “fantasía” en nuestra argumentación puede resultar de utilidad.

La teoría traumática, originalmente desarrollada en disciplinas como la psicología individual y el psicoanálisis, ha sido objeto de no pocas críticas en el contexto de la teoría cultural (Radstone, 2000; Hodgkin y Radstone, 2003: 6-7; Kansteiner, 2004). La principal objeción radica en el hecho de que, como por otra parte el psicoanálisis clásico ya había establecido en su descripción de las neurosis (Laplanche y Pontalis, 1973: 314-319), la memoria traumática no es tanto un problema de referencialidad —el evento en sí— como de representación. O lo que es lo mismo, no importa tanto el hecho traumático como las asociaciones que pone en marcha. Sin abandonar el vocabulario psicoanalítico, cabría decir que la patología se produce como la puesta en escena de toda una serie de variaciones sobre el trauma que actúan, a su vez, como mecanismos de defensa frente a éste. Para cuestiones de identidad nacional, como la que nos interesa, Slavoj Žižek ha postulado cómo en estos procesos identitarios se establece una intersección entre prácticas discursivas —la nación como Cosa— y cierto elemento pre-ideológico que denomina “fantasía social” (1993: 200-285, 1997: 3-85, 2002: 87-129). Este término se entiende como una forma narrativa que organiza tanto la realidad como lo Real lacaniano, comprendiendo por esto último aquello que se resiste a toda simbolización. Este doble funcionamiento de la “fantasía social”, puede iluminar prometedoramente la contradicción que plantea la postulada funcionalidad crucial de una memoria traumática de la guerra civil a partir de 1975, aún cuando la repetición de ésta fuese muy improbable. Como desarrollo en otro trabajo, en relación con ciertos textos filmicos (López 2005), una cierta fantasía asociada a la guerra del 36, antes que su amenaza en sentido estricto, puede explicar, al menos desde un punto de vista psicosocial íntimamente relacionado con razones macroeconómicas, el éxito del sistema democrático en España (en sintonía con los imperativos de la lógica económica del tardocapitalismo). Una fantasía social que contiene el peligro de una regresión que, astutamente orquestado por la propia dictadura desde los años sesenta, amenazaba al éxtasis de la modernización. Lo verdaderamente perverso de esta fantasía contra-modernizadora es que, al menos a efectos de nuestro imaginario social, contiene el par antagonístico franquismo/exilio como un afuera constitutivo de la nación democrática (López 2005). Tan obsoleta se quedaba, por lo tanto, la retórica falangista, como asuntos típicamente modernos encarnados, en muchas ocasiones con profundos desencuentros internos, por el exilio republicano (v.gr. la forma institucional del estado, o la cuestión de las llamadas nacionalidades históricas). De manera que habría que empezar a mirar la transición consensuada a la democracia, no tanto en términos del miedo a un nuevo enfrentamiento civil, difícilmente repetible, como de “la claudicación de los grandes proyectos de la izquierda” (Vilarós 1998: 8). Y esta rendición pagaba el alto precio de marginar a la cultura política de los exilios republicanos de la reconstrucción democrática de mediados de los setenta.

A la luz de esta reflexión terminológica, quizás habría también que reclamar una memoria que no se contente con ser un simple ejercicio de recuperación nostálgica. Su auténtico alcance se encuentra en cierta continuidad ideológica, importante hoy también, que intervenga tanto en cuestiones esencialmente modernas aún sin resolver satisfactoriamente, como en los nuevos problemas asociados, de hecho, a la crisis institucional del estado-nación⁴. En este sentido Remedios Montero, miembro del maquis y

⁴ [...] releer los textos de Max Aub en sus claves históricas no sólo permite situarnos en los episodios de la resistencia antitotalitaria mundial de la década de los treinta y cuarenta de la que la Guerra Civil española y el exilio fueron su primer

militante comunista, que pasó ocho años en las cárceles franquistas para en 1964 exiliarse en Praga hasta 1978, explica con muchísima lucidez en sus memorias políticas:

Esa nueva fuerza de la antiglobalización, esa lucha que llevan contra el abuso, el poder y la fuerza son estos jóvenes que sin escatimar esfuerzos y sacrificios unen sus voces a la otra globalización, a la de la pobreza, a la de quienes se mueren de hambre, sin pena ni gloria, en silencio, todo ese cortejo de emigrantes que se embarcan en esas pateras sin temer a la muerte, a veces porque en sus países empobrecidos ya no pueden resistir más y cuando llegan a otros países más ricos lo que encuentran es el racismo y la xenofobia, alimentada por los gobiernos “democráticos” hipócritas que cierran los ojos ante la esclavitud de su trabajo y los derechos humanos. [...] No renuncio al pasado, pero sobre todo no renuncio al futuro. El pasado está ahí, pertenece a una época distinta que fue nuestra lucha [...] otros tiene que continuar lo que nosotros empezamos (2004: 89 y 92. Mi énfasis).

“LA INDUSTRIALIZACIÓN DEL OLVIDO”

En el apartado anterior, tanto la puesta en crisis de modelos de análisis totalizadores como de la validez conceptual del término “memoria traumática”, no significa la negación del alcance político del exilio republicano sobre la gestión del presente. Al contrario, mi crítica ha recuperado, en nombre de su propia utilidad interpretativa, los conceptos de “agencia” y “fantasía social” que sólo son entendibles si no abandonamos una comprensión de lo cultural como espacio de negociación simbólica.

Hasta aquí, por lo tanto, me he comprometido con una interpretación del exilio republicano como el efecto dialógico, entre pasado y presente, de diversas prácticas discursivas y psíquicas. En lo que sigue propongo que, todos estos mecanismos y estrategias, no pueden ser completamente entendidos sin acudir a sus mismas condiciones de “visibilidad”. En un excelente trabajo sobre hegemonía y resistencia culturales en la escena global, Antonio Méndez Rubio define este contexto de lo visible hegemónico en los siguientes términos:

El sistema institucional contemporáneo, reforzando sus resortes consumistas (Picó, 1999), se ha recompuesto sobre la base de la hegemonía, o de consenso invisible, que le ofrece la llamada cultura de la imagen o sociedad del espectáculo. Como proyecto de control democrático, la cultura masiva delimita un territorio que se pretende omniabarcante, y que exige del resto de los modos de producción cultural (de élite, popular...) que se adapten a sus parámetros si pretenden sobrevivir. En este sentido, la más importante victoria de lo masivo quizá no sea, ingenuamente, la eliminación del conflicto sino, más bien, como sugiere Debord (1999b:16), hasta qué punto ha establecido las condiciones en las que necesariamente se ha de jugar de ahora en adelante el conflicto en la sociedad (2003: 156).

eslabón, sino que también nos proyectan su inmediata actualidad por la que muchos estados llamados democráticos cercenan a través de imaginarios del miedo y de la violencia derechos fundamentales de las personas sin que la sociedad civil pueda reaccionar con la necesaria contundencia, ejercitan el bulo y propagan la guerra como práctica de políticas dominadoras, hacen caso omiso con leyes migratorias xenofobas y discriminatorias de los principios universalistas que teóricamente debieran defender y acotan o exterminan a poblaciones “inferiores” en los márgenes de la humanidad (Naharro-Calderón, 2003: 106-107).

La reciente popularización de la memoria republicana en diversos foros públicos debería ser leída en función de sus propias pautas de visibilidad espectacular. Creo que la puntualización de Méndez Rubio es muy relevante para ensayar un tipo de crítica cultural que no se deje convencer por los predicadores del “fin de la Historia”. Es innegable que la lógica del mercado y los medios de comunicación masivos han convertido nuestra relación con la realidad en un ejercicio de consumismo autocontemplativo. La presencia dominante de esta simulación de lo real nos instala, por lo tanto, en una pavorosa red social en la que, aparentemente, el orden del simulacro viene a sustituir al de la representación. Es decir, la imagen masiva produce una implosión del mensaje (lo político) y sus medios de difusión que anula la tensión entre significado y significante a favor de un signo desprovisto de toda consistencia ontológica. Sin embargo, y como queda claro en el fragmento que acabo de extraer de Méndez Rubio (así como en el impulso de emancipación subalterna que recorre todo su libro), la cancelación de una dimensión simbólica o política, de un orden de representación por lo tanto, no puede ser aceptada sin muchos problemas. Y esto aún si admitimos la poderosa actuación de las políticas de economía cultural propias del tardocapitalismo. Dos ejemplos me van a servir, a continuación, para iluminar este punto en relación con la memoria del exilio republicano.

Con motivo del centenario del nacimiento de Max Aub, el suplemento cultural *Babelia* del diario *El País* publicó, el 31 de mayo del 2003, un especial sobre el escritor exiliado. Desde sus páginas, en un brillante texto muy poco inocentemente titulado “Quién se come a Max Aub”, y con un tono de indignada honestidad política al que nos ha desacostumbrado, en efecto, la línea dominante en la prensa española, expresaba Rafael Chirbes:

La memoria se puso de moda, porque se convirtió en la guarida en la que se escondía el lobo que quería volver a comerse a Capercucita, y, porque, en su nombre, podía pedirse al Parlamento que condenara un franquismo que, cuando se tenía mayoría absoluta, no se había condenado; que se condecorara a los héroes populares de la guerra a quienes se les había dicho que callaran; y se habló del exilio, de las torturas franquistas. Empezaron a aparecer los intelectuales orgánicos que reclamaban la memoria, los novelistas y cineastas orgánicos que pedían a gritos memoria, porque sólo en el mercado de la memoria podía volver a comprarse la legitimidad malgastada. Cuenten ustedes las novelas, las películas sobre guerra y posguerra que vieron la luz con el mandato socialista y las que están viendo la luz con el de la derecha. Como ha crecido la cosecha, ¿verdad? Preguntémoslos por qué (2003: 5).

Chirbes parece no dejar lugar a dudas sobre una cierta instrumentalización de la memoria del exilio a manos tanto del partido conservador como del grupo socialista. El reconocimiento de intereses electorales asociados a estas políticas de la memoria y de la desmemoria, según sople el viento, pasa por admitir la potencialidad del exilio como capital simbólico y, por consiguiente, por poner en tela de juicio la tesis de una industrialización del recuerdo (o del olvido) en clave de mera simulación. Ahora bien, esta indudable capitalización ¿es sólo explicable según un paradigma mecanicista de causa-efecto en el que sea posible trazar una trayectoria limpia que establezca una alianza directa entre intereses partidistas y las leyes del mercado cultural? O si se quiere, ¿el reciclaje simbólico de la (des)memoria del exilio republicano significa lo mismo en el ámbito estrictamente político y en el de las industrias culturales?

José María Naharro-Calderón en “Los trenes de la memoria”, un artículo al que me he referido ya con anterioridad, coincide con el enfoque de Chirbes, aunque parece ya plantearse también las preguntas que acabo de formular. Por un lado, Naharro-Calderón ve el recuerdo del exilio republicano irremediabilmente mediado por tecnologías audiovisuales masivas que fosilizan sus potencialidades de contestación política a favor de un cierto consumo espectacular. Una espectacularización que las industrias culturales promueven, no hay que olvidar, en razón de su propio beneficio económico. Es en este sentido que Naharro-Calderón habla del “exiliobusiness” o “memoria kitch”. Pero al mismo tiempo, a lo largo de su trabajo aporta una gran cantidad de ejemplos de reapropiación política de esta diseminación de “los semas inestables de los exilios de 1939”. Elijo entre los varios casos reseñados —y en éstos la compulsión manipuladora del Partido Popular aparece recurrentemente— uno que por casi inverosímil no deja de testimoniar con gran fuerza hasta qué punto, y como recogía la cita de Méndez Rubio, el mercado no suspende en sentido estricto el conflicto, sino que establece sus posibilidades de existencia:

[...] *la mención en la exposición Exilio de “centros de internamiento” en Francia, que pulía el más fidedigno de “concentración” que sí se utilizó en la de El exilio español en México⁵, antecelas para españoles o judíos del Holocausto, generaron una protesta epistolar de la Embajada de Francia, prueba de cómo los imaginarios institucionales no pueden asumir las inframemorias desapacibles, a pesar de que los estados-nación anclen sus raíces fundacionales en repeticiones de memoria-recuerdo basadas en la violencia y/o exclusión* (2005).

Creo, por lo tanto, que un análisis de la memoria del exilio republicano no puede desestimar las condiciones que han propiciado su visibilización pública. Pero la misma naturaleza de estas condiciones requiere una articulación, muy compleja, de elementos económicos, culturales y políticos. Este modelo teórico permite una cierta flexibilidad que toma en cuenta componentes estructurales y elementos simbólicos en una relación no mecanicista (Appadurai, 2000). Desde este punto de vista, la actualización de la memoria del exilio ofrece un significado más allá de su sola mercantilización. Pero al mismo tiempo, este significado no se convierte ni en el dominio exclusivo de conspiraciones políticas ni, desafortunadamente, en un saludable retorno de lo reprimido. No cabe duda, sin embargo, de que estas dos dimensiones, la económica y la político-simbólica, han entrado en juego en la escena pública española de los últimos años. Quizás la única crítica cultural que está en posición de deconstruir radicalmente la complejidad de esta interactuación requiera, necesariamente, una vocación interdisciplinaria. Así, y en la dirección teórica que propone Arjun Appadurai, la memoria del exilio republicano podría comenzar a pensarse en términos de los varios regímenes de valor de los que depende:

Economic exchange creates value. Value is embodied in commodities that are exchanged. Focusing on the things that are exchanged, rather than simply on the forms

⁵ Para la exposición *Exilio* véase nota 3. *El exilio español en México* pudo visitarse en el Palacio de Velázquez en Madrid de diciembre de 1983 a febrero de 1984. José María Naharro-Calderón nota en su artículo el éxito de público de la exposición del 2002, en contraste con lo que había sucedido diecinueve años antes.

or functions of exchange, makes it possible to argue that what creates the link between exchange and value is politics, construed broadly (1992: 3)

* * *

Como anunciaba al inicio de este trabajo, mi principal propósito consistía en un planteamiento de lo que yo entiendo que deben ser las premisas teóricas para una crítica cultural que tome en consideración los diferentes elementos que convergen en las narrativas de la memoria republicana disponibles en España desde los años 90. En los dos epígrafes que sirven de introducción a mi artículo quise, además, anticipar de alguna manera el sentido de lo que habría de decir a continuación.

El concepto de memoria, con toda la dignidad que le otorga su larga tradición benjaminiana, no deja de remitirnos a dos aspectos que merecen ser tomados en cuenta. Por un lado, la necesidad de reconocer una diversidad de posiciones sujeto que, en función de su propia agencia y negociación del recuerdo (o del olvido) hegemónico, está cuestionando seriamente la validez conceptual del término “memoria colectiva”. Y por otro, hemos visto cómo el recuerdo es productivo en el presente, no tanto por los efectos directos del pasado, como por la constelación de asociaciones que ese pasado ha proyectado. Para el caso del exilio republicano sería interesante no perder de vista hasta qué punto éste se convierte en un elemento vertebrador de una fantasía social regresiva, activada ya en los años sesenta por el mismo proyecto modernizador que iba a asegurar una continuidad entre franquismo y democracia. Las posibilidades teóricas del concepto de “fantasía” frente al de “memoria traumática” nos permitirían así entender las contradicciones que ya he expuesto.

Es cierto, a la vista de lo dicho anteriormente, que la idea de una “memoria colectiva” armónica no es sostenible. Sin embargo, sí podemos admitir ciertos impulsos de regulación (a veces, objetivos políticos en sentido estricto) manufacturados, a menudo, por las industrias culturales. Pero la lógica del mercado no agota, como he querido argumentar, el significado del producto. Y esto porque la mercancía que se pone en circulación es el resultado de un discurso económico que, para lo bueno y para lo malo, no ha dejado de ser moral.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR FERNÁNDEZ, P.: *Memoria y olvido de la guerra civil española*. Alianza, Madrid: 1996.
- _____: “L’héritage du passé dans la transition espagnole”. *Matériaux* 70 (2003), pp. 34-42.
- APPADURAI, A.: “Introduction: commodities and the politics of value”. En APPADURAI, A, (ed.): *The social life of things. Commodities in cultural perspective*. Cambridge University Press, Cambridge: 1992, pp. 3-63.
- _____: “Disjuncture and Difference in the Cultural Global Economy”. En NASH, K, (ed.): *Readings in Contemporary Political Sociology*. Blackwell, Oxford: 2000, pp. 100-114.
- CASANOVA, J.: “Una dictadura de cuarenta años”. En CASANOVA, J. *et al: Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco*. Crítica, Barcelona: 2002, pp. 3-50.
- CERVERA, A.: *El color del crepúsculo*. Montesinos, Barcelona: 1995.

- _____: *Maquis*. Montesinos, Barcelona: 1997.
- _____: *La noche inmóvil*. Montesinos, Barcelona: 1999.
- COLOMER, J.M.: *La transición a la democracia: el modelo español*. Anagrama, Barcelona: 1998.
- CHIRBES, R.: *La larga marcha*. Anagrama, Barcelona: 1996.
- _____: *El novelista perplejo*. Anagrama, Barcelona: 2002.
- _____: "Quién se come a Max Aub". *Babelia* 601 (31-5-2003), pp. 4-5.
- EGIDO, A.: "Memoria y represión. Una reflexión historiográfica". *Historia del Presente* 2 (2003), pp. 139-147.
- HALL, S.: "Who needs identity?". En DU GAY, P., EVANS, J. y REDMAN, P. (eds.): *Identity: a Reader*. Sage, London: 2000, pp. 15-30.
- HODGKIN, K y RADSTONE, S, (eds.): *Contested Pasts. The Politics of Memory*. Routledge, London: 2003.
- HUXLEY, A.: *The art of seeing*. Triad/Panther, London: 1985.
- KANSTEINER, W.: "Genealogy of a category mistake: a critical intellectual history of the cultural trauma metaphor". *Rethinking history* 8:2 (2004), pp. 193-221.
- KOPYTOFF, I.: "The cultural biography of things: commoditization as process". En APPADURAI, A, ed. *The social life of things. Commodities in cultural perspective*. Cambridge University Press, Cambridge: 1992, pp. 64-91.
- LACLAU, E.: "The Impossibility of Society". *Canadian Journal of Political and Social Theory* 7: 1-2 (1983), pp.21-24.
- LACLAU, E y MOUFFE, C.: *Hegemony and Socialist Strategy. Towards a Radical Democratic Politics*. Verso, London: 1985.
- LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J.-B.: *The Language of Psycho-Analysis*. The Hogarth Press and the Institute of Psycho-Analysis, London: 1973.
- LÓPEZ, H.: "Exile, Cinema, Fantasy: Imagining the Democratic Nation". En BALIBREA, M.P y LÓPEZ, H, (eds.): "Rethinking Spanish Republican Exile". *Journal of Spanish Cultural Studies* 6:1 (2005) (en prensa).
- MAURICE, J.: "Reavivar las memorias, fortalecer la historia". En CHAPUT, M.C y GOMEZ, T, (eds.): *Histoire et Mémoire de la Seconde République Espagnole*. Université Paris X-Nanterre, Paris : 2002, pp. 475-488.
- MÉNDEZ RUBIO, A.: *La apuesta invisible. Cultura, globalización y crítica social*. Montesinos, Barcelona: 2003.
- MONTERO, R.: *Historia de Celia. Recuerdos de una guerrillera antifascista*. Riialla-Octaedro, Valencia: 2004.
- NAHARRO-CALDERÓN, J. M.: "Lecturas de Max Aub para tiempos de ignominia". *El viejo topo* 181-182 (2003), pp. 97-107.
- _____: "Los trenes de la memoria". En BALIBREA, M.P y LÓPEZ, H, (eds.): "Rethinking Spanish Republican Exile". *Journal of Spanish Cultural Studies* 6:1 (2005) (en prensa).
- NAVARRO, V.: *Bienestar insuficiente, democracia incompleta. Sobre lo que no se habla en nuestro país*. Anagrama, Barcelona: 2002.
- RADSTONE, S.: "Screening trauma: *Forrest Gump*, film and memory". En RADSTONE, S, (ed.): *Memory and methodology*. Berg, Oxford: 2000, pp. 79-107.
- VALENZUELA, J.: "El despertar tras la amnesia". *Babelia* (2-11-2002).
- VILARÓS, T.: *El mono del desencanto. Una crítica cultural de la transición española (1973-1993)*. Siglo XXI, Madrid: 1998.

VIRILIO, P.: "Un monde surexposé". En DOQUIERT, F y PIRON, F, eds. *Image et politique*. Actes Sud/AFAA, Paris : 1998, pp.15-22.

ZÚÑIGA, J. E.: *Largo noviembre de Madrid*. Bruguera, Barcelona: 1980.

_____: *La tierra será un paraíso*. Alfaguara, Madrid: 1989.

_____: *Capital de la gloria*. Alfaguara, Madrid: 2003.

IEK, S.: "Enjoy Your Nation Yourself". *Tarrying with the Negative. Kant, Hegel and the Critique of Ideology*. Duke University Press, Durham: 1993, pp. 200-285.

_____: *The Plague of Fantasies*. Verso, London: 1997.

_____: *The Sublime Object of Ideology*. Verso, London: 2002.